

1963

C

Fito Páez



DIARIO DE VIAJE

(ALGUNAS CONFESIONES Y ANEXOS)

 Planeta



Fito Páez

DIARIO DE VIAJE

(ALGUNAS CONFESIONES Y ANEXOS)

28 de enero

El primer viaje del año fue con mis hijos y mi novia desde La Población, provincia de Córdoba, hasta San Luis capital.

Mi hija Margarita cantó con Chano, su príncipe encantado, en la prueba de sonido bajo un calor fulminante. Martín, mi hijo, filmaba y sacaba fotos. Eugenia, mi novia, miraba entre bambalinas.

Nunca voy a olvidar la felicidad e ilusión de Margarita la noche anterior mientras esperaba el llamado de su cantante favorito para invitarla a su concierto.

No hay nada más importante en la vida que la felicidad de tus hijos.

Subí al escenario a cantar con los Tan Biónica y volvimos rápidamente a la casa porque había amenaza de tornado.

La melodía de “La melodía de Dios” no salió de mi cabeza durante todo el viaje. Suele sucederme con canciones pegadizas. Hay momentos que sentís que aquella cosa nunca más va a salir de tu cabeza y un escalofrío te recorre el cuerpo.

Lo que pasó una noche que se cortó la luz en un departamento en Cadalso de los Vidrios, España.

Estaba solo. Oscuridad total.

Pensaba en la idea de morir y quedar con el cuerpo inmóvil sin poder frenar la máquina del pensamiento. Algo parecido a algunas de las pesadillas opiáceas de Poe. Una vez fenecido, seguiría atrapado en mi cuerpo totalmente lúcido de la situación de inmovilidad eterna. Los movimientos que iría a registrar serían los de los nacimientos y traslados de las larvas que generaría la putrefacción de mi propio cadáver. También intuiría el sonido inaudible de los gusanos devorándome y la transformación de estos en crisálidas antes que mi cuerpo fuera un pantanal de hormigas, insectos de todo tipo, materia fétida y mariposas multicolores que abonarían la tierra. Pero mi mente brilla y percibe que una vez desaparecido mi cuerpo, el último vestigio de lo que alguna vez tuvo un nombre y un apellido, todo va a desaparecer para siempre. Ninguna posibilidad de escape. Y será un alivio, una vez extinto todo mi “yo”. Pero he aquí que llegará el momento en que te transformarás solo en una fuente de lucidez inagotable.

El paradigma de la consagración de la razón sobre los sentimientos.

Y ahora, tu mente a la deriva, sin forma, sin cuerpo, inapagable, neurótica, resonando en la nada misma sin molestar a nadie más que a sí misma, no parece una muy buena idea.

Esto pensaba en aquella habitación española a oscuras mientras mi hijo Martín pasaba unas vacaciones en casa de sus abuelos maternos un cálido verano de hace ya bastantes años.

Las melodías, la obsesión, las pasiones. De eso se trataba todo.

Casi todo.

Después de tres horas de viaje en una combi desde San Luis, llegamos a La Población. Medio dormido bajé a mis hijos. Eugenia preparó sandwichitos para todos. Los comimos con agua fresca y Coca Cola. Nos esperaba una camucha calentita y el mundo era esta inmensa maravilla.



Archivo personal

04 de febrero

Viajamos con mi amigo Martín Rodríguez a presentar mi primera novela, *La puta diablo*, en la sala anexa a la biblioteca-bar del teatro Solís en Montevideo. Invitados por José Miguel Onaindia, sobrio intelectual a cargo de la dirección artística del teatro, un hombre querido y entrañable. Una vez arribados a la capital charrúa nos dirigimos sin escalas a la sucursal de La Pasiva de la peatonal Sarandí y plaza Matriz. Devoramos sendos chivitos canadienses con Coca *light*. Ya estábamos allí. El chivito uruguayo es un sándwich especialísimo. Similar al lomito argentino, con la diferencia de que el pan es menos espeso y la carne de corte fino es tierna y sabrosa. Lo acompañan unas tiras de pimienta rojo, un huevo frito y una pequeña porción de panceta.



Archivo personal

Después de dejar los bártulos en el hotel Radisson, cerca de las diecisiete horas estábamos sentados en una mesa de la sala anexa con la directora del teatro, Daniela Bouret, José Miguel, Martín y yo. Había un montón de personas ávidas por algún motivo que siempre desconoceré, sentadas frente a nosotros.

Todos hablamos de bueyes perdidos, que es de lo que se trata cuando uno presenta un libro.

El texto es una excusa para seguir balbuceando mientras los negocios gordos suceden en otro lado.

Hablé de Copi y de Piglia seguramente por las diferencias estilísticas pero a la vez de cómo los dos han sido fuertes influencias a la hora de leer o pensar lo que había escrito.

Otro grave defecto de gran parte de la crítica vernácula universal. Algunos creen conocer los caminos que uno ha recorrido para llegar a algún lugar. En todo caso, vale la aclaración, nunca sé de qué se trata lo que estoy haciendo mientras lo estoy haciendo. Solo sucede.

Salimos por la noche con Martín a caminar por la 18 de Julio. Charlamos con



Archivo personal



travestis, con un paralítico desdentado que nos persiguió una cuadra intentando revelarnos un secreto y con un par de linyeras del centro. Terminamos en un puestito de panchos comiendo una hamburguesa riquísima. Martín es un amigo campeón. Una de las pocas personas en quien confío. Es un canalla brillante. Y uno de los auténticos poetas de nuestro tiempo, junto a Fernando Noy, el último poeta ambulante.

¡Ah!, los falsos e infatuados poetas.

Martín se la pasó husmeando, estudiando y hablando con gentes de lo más diversas durante más de dos años para una investigación sobre la guerra con el Paraguay y terminó escribiendo un libro de poemas de no más de cuarenta páginas. Era repartidor de pizza. En los años 90 trabajaba en la pizzería Kunst, en la calle República Árabe Siria al 3000. Nos llevaba los pedidos a Massera y a mí.

Una noche me dejó uno de sus primeros libros, *Agua negra*.

Mientras comía una de sus muzzas leí la mitad de esa joya. Y aún recuerdo el shock.

Martín Rodríguez.

Solo con él charlé durante el proceso final de *La puta diabla* antes de editar definitivamente con Francisco Garamona, otro loco hermoso, aquel delirio.

—Fito, ¿sos vos? —me preguntó el vendedor del carrito.

—Y... ¡Sí! ¡El negro Rada difícil! —contesté.

Nos hicimos unas fotos antes de terminar de devorar las hamburguesas. Les firmé autógrafos a los otros dos muchachos de aquel carromato y todos contentos.

05 de febrero

Prueba de sonido en el teatro Solís. Una joya italiana enclavada en la bella Montevideo. Excelentemente mantenido y con una programación de altísima calidad, en lo cual tiene mucho que ver nuestro amigo Onaindia. Llega Hugo Fattoruso a probar. Decidimos hacer “Ojalá no se vaya”, pieza que nace en ese mismo lugar otra tarde, después de terminar otra prueba de sonido hace ya algunos años. Hugo me pregunta si tengo una letra para darle y le entrego esta y otra más llamada “La música de las ciudades”. Dos años más tarde de aquel episodio tocaba en Montevideo en otro local

y cae Hugo con la música hecha. ¡Fue tan profunda la emoción de escuchar aquellas palabritas en el medio de la menesunda fattorusiana! Creo que también penaba un amor por aquellos días y la canción no hizo más que aflojar y tocar fibras profundas. Nada escapa de las redes emocionales. La emoción es la gran araña.

Allí estábamos otra vez los dos. Uno de mis maestros, él, y un desarreglado pero insolente alumno, yo. Nunca terminás de aprender con esta clase de genios. Todo es música y *swing*, todo el tiempo.

No se trata de tocar mejor o peor el piano. Se trata de *ser* el piano.

No se trata de desplegar más o menos artillería musical. Solo la necesaria para lo que se está queriendo contar o transmitir. A veces son cosas sencillas, a veces no. Qué falacia aquello de que “todo lo simple es bueno”. Como si hubiera una moral en las formas que obliga al autor de las mismas a ser bueno, o sea simple, para que los otros lo entiendan. Sencillamente el otro no siempre tiene la cantidad de recursos e información que tiene el artesano que atiende esas cuestiones cotidianamente y, muchas veces, ese otro puede quedarse afuera. “Lo que atraviesa el tiempo es lo que sirve”, indica como una máquina boba el sentido común. Claro, pero como toda dialéctica se muerde la cola: porque lo que hacemos no es un bien de servicio en sí mismo. No puede ser cooptado desde las redes políticas ni éticas.

Sobre el final de la prueba le pido a Hugo que hagamos una versión de “El día que me quieras”. Funcionó. Hicimos otra canción de su primer álbum solista, *Homework*, “Agua y aceite”, co-compuesta con Laura Canoura. Candombazo. “Giros”, con cambio de instrumentos (Hugo dejaba el piano acústico y tocaba el acordeón a piano) y “Nueva”, canción religiosa bachiana con una letra ultra delirante que cierra su disco *Ciencia Fictiona*. Ya había valido la pena viajar a Montevideo. Esa hora con mi amado Hugo pagó todo. Mención especial para Albana Barrocas que nos enlujó con sus percusiones.

Comencé el concierto con “Sea”, canción de franciscana sencillez y cálida hasta los huesos de Jorge Drexler. Hice temas de Charly, de Nebbia, mías, y de golpe me avisan que llegó Rubén Rada. Otra de las patas de ese Potemkin musical americano que fue Opa, allí por los años 70.

Rubén es todo gracia y perfección. Su voz de pájaro negro alumbra donde suene. Subió con sus tumbadoras e hicimos una versión *free* de “Yo vengo a ofrecer mi corazón”. Teatro casi derrumbado. Después subió Hugo. Teatro derrumbado.

¡Qué casa más casa que es Montevideo! Parecida por momentos a mi Rosario natal. Su cartelería eléctrica, su tempo campechano de metrópolis que quiere y no



Archivo personal



Andrea Villar

quiere terminar de volverse loca, la amabilidad de su gente, sus músicos siempre delicados y de altísima calidad técnica, su 18 de Julio, su Rambla, el bar La Ronda, la casa del Lobo Núñez allí en la Ciudad Vieja, su Fun Fun, su grapa miel, su Pasiva, su cerrito La Victoria, su Pilsen, su Zillertal, su Patricia, su Palenque, su librería La Lupa y su pizza rectangular, su bar Arocena, su teatro Solís. Su todo especial y único.

Terminamos charlando en un restaurante italiano con José Miguel Onaindia sobre los inconvenientes de montar una obra inédita de Manuel Puig, *Un espía en tu corazón*, que él me había sugerido leer para montar una comedia musical. La escribió por los años 80 para Renata Schussheim y Jean François Casanovas. Había que *aggiornar* muchos guiños del radioteatro y el cine de los 40 y 50, entre ellos las voces de Olinda Bozán, genia del humor universal (posiblemente en los 80 el recuerdo de esas mujeres hubiera causado el clima entre “peronista y melancólico” que la obra requería para reírse de sí misma). La pieza estaba muy viva de todas maneras. Plena de delirio y humor pero acotada a su época, la última posguerra mundial en la Argentina.



Archivo personal

10 de febrero

Alfredito Oliveri.

Dandy porteño, dueño de unas de las mejores líneas que escuché, acuñé y hoy ya siento mía: “Solo hay dos maneras de vivir, una es disfrutar sin parar... La otra no la conocemos”.

Allí estábamos en el restaurant El Franchute de Laurent Laine, en las cercanías de José Ignacio, pasando la tarde después de aquella inolvidable velada montevideana. Desde que llegué por primera vez a aquellos parajes, hacia el año 1991, sentí que me pertenecían. Ellos me lo hicieron saber de una manera muy explícita. Me regalaron El amor después del amor. Después volví y escribí unas músicas para ballet basadas en *los Siete Locos* de Roberto Arlt y años más adelante sus amaneceres y crepúsculos acunaron los comienzos de otro gran amor.

Alguna vez mi amigo Adolfo Aristarain me dijo que en una reunión durante un festival de cine en La Habana la embajadora de no me acuerdo qué país le



Archivo personal

dijo que no había que volver a los lugares donde uno había amado. Cuando me lo comentó la primera vez comprendí el sentido y el impacto que le causó aquella idea. Con ese solo módulo él podría contar la historia más triste del mundo. En sus manos aquello se podría transformar en una nueva Muerte en Venecia o en otra Hiroshima Mon Amour pero con los años (después de haber vuelto a lugares donde he amado y he vuelto a amar) se me hizo una idea demasiado literaria o cinematográfica. Allí sí que podría funcionar aquello. Por eso le había entusiasmado tanto a mi querido maestro y hermano Adolfo.

Pero la vida es más así.

Sin tanta carga sobre “los lugares donde uno ha amado”. Al final todo es un lugar donde uno ha amado y sobre el más final de los finales todos esos lugares desaparecerán.

11 de febrero

La familia García nos acogió a María Eugenia y a mí en su casa de la costa esteña de la mejor manera. Gente amable y encantadora. Juan y Ana. Pasamos unos días deliciosos que coronamos con una fiesta el día de cumpleaños de Alfredito, el nuero de los García casado con Guadalupe, la hija menor del clan. Vino alguna gente *chic* y otra no tanto a un restaurante semi-catalán en aquel verano donde los chefs eran las estrellas de rock y canté para él algunas de sus canciones favoritas. Después nos emborrachamos en casa de uno de los cocineros de moda y fue fácil detectar que hace dos o tres décadas hubiera habido una guitarra, y algunos muchachos y muchachas habrían mostrado sus músicas nuevas y habríamos cantado hasta el amanecer. Lo que teníamos hoy era una reunión de gente ligada a la cocina escuchando música electrónica y sintiéndose muy a gusto en el mundo que les tocó vivir.



15 de febrero

Después de unos conciertos en Viña del Mar a piano solo volvemos con Euge a Buenos Aires. Conozco a Matías Schneer y a Tirri. Juntos tienen una sociedad de ventas de conciertos y se ofrecen como socios para futuros negocios.

Después de algún tiempo trabajando con Pop Art (Roberto Costa, Diego Sáenz y Lilia Fuster) y a pesar de las buenas intenciones de las dos partes no lográbamos objetivos comunes.

Así que libre de compromisos nos encontramos en una reunión en mi casa con Matías y Tirri.

Todos queríamos y necesitábamos trabajar.

Dentro del plan me proponen hacer una canción para la apertura del programa de Marcelo Tinelli.



Archivo personal

18 de febrero

Reencuentro con la banda en San Luis. En el mismo predio donde había tocado con Tan Biónica unas semanas atrás. La vida musical es un espacio donde se desarrollan todas las pasiones humanas. Ahí estábamos otra vez dispuestos

a lo que fuera. Mariano Otero, compositor y bajista de genio, Diego Olivero, un hábil todoterreno lleno de picardía, Juan Absatz, ex Superchango, grupazo de los 90, tecladista, guitarrista y cantante de lujo, Gastón Barenberg, santafecino de ley, detrás de la batería; y yo, que intentaba retomar aquella disciplina que me hacía tan bien hacía tantos años.

Una banda se desarrolla en el tiempo. Cuando tocás mucho tiempo con alguien se va creando una intimidad y una zona de entendimiento única. El *swing* se crea así. En la convivencia de los músicos sobre la materia musical y en la experiencia vital fuera de la sala y los conciertos. Cada salida o evento social compartido es una manera más de conocerse y así hacer que la música funcione. En las complicidades, en los abrazos, en el camarín y en las risas también se encuentra la materia que nos emociona. Por eso hay gente con la que uno nunca puede enganchar ¡y otra con la que definitivamente sí! Soy un hombre afortunado. Toco con cuatro campeones de la música y de la vida.

En la mitad del concierto se cortó la luz y seguimos tocando como pancho por su casa. La Argentina profunda se trata de eso.



Archivo personal

03 de marzo

Tocamos en Bolívar. El intendente me entrega una placa como visitante de honor. Fabi Cantilo está cumpliendo años.

06 de marzo

Paulinho Moska llega a los estudios del Santito a grabar las voces de *Locura total*. En portugués y en castellano. Semana ardua y tensa. Afo Verde, jefe de la casa Sony para América Latina y parte de Europa, se había apropiado de los destinos del proyecto por dos razones muy sencillas: el álbum llevaba parado desde el mes de septiembre del 2014 y él había puesto el dinero. Liminha, gran productor brasileiro de raza, encara la aventura en agosto de ese año hacia As nubes, su estudio de grabación, y por diferentes razones el álbum se detiene después de veinte días. Supongo que cuestiones ligadas a las diferentes idiosincrasias, a los distintos lenguajes y a gustos musicales hicieron que cierta abulia rondara el proyecto por algún tiempo.

Afo toca el timbre de mi casa de la calle Bioy Casares hacia fines de diciembre y, después de charlar sobre sendas familias y el tiempo que hacía que no nos veíamos, me pide escuchar cuatro músicas de *Locura total*. Decide con la seguridad de un almirante japonés en Pearl Harbor que hay que cantar en los dos idiomas. Decide que ese es el verdadero camino para que el uno note las ganas de conocer al otro (Brasil me prestaría atención si notaba mi esfuerzo por cantar en portugués y lo mismo Paulinho al revés). En ese esfuerzo iba a radicar la virtud del encuentro. El esfuerzo por comprender al otro y el esfuerzo de hacerse entender. Afo tiene ese don. Ir al grano sobre los inconvenientes. Brasil no iba a cambiar su manera de estar en el mundo y el resto de América tampoco. Así que Moska a cantar en español y Páez en portugués. A eso yo le llamo al pan pan y al vino vino.

Le pido a Afo que me financie una sección de metales ya que Liminha no fue partidario de incorporarla en las sesiones de Río. Yo quería probar y ver qué sucedía. ¿Por qué no? Tenía a Mariano Otero del otro lado del teléfono y ese es un lujo

que no podés dejar pasar si estás a siete golpes de teléfono de la realidad. Estaba seguro de que iban a ennoblecer el material. Afo me contesta automáticamente que sí y a los pocos días ya estábamos cantando en los dos idiomas.

Párrafo aparte para la tarea de Liminha en las sesiones de grabación cariocas. Si algo no teníamos en claro ni Paulinho ni yo era cómo iban a *groovear* esas canciones. Liminha encuentra los ritmos y las formas perfectas para casi todas las músicas e inventa el corazón de la originalidad del álbum. Lo que traíamos sabido Paulinho y yo era parte de nuestro día a día. Lo que pasó rítmicamente por las manos de Liminha fue lo más sustancial. Porque en el Brasil se baila. Se baila y lo que se baila es muy importante. Y Liminha conoce al detalle los secretos para que tus pies no paren de moverse.

Aún hoy es un auténtico mutante.



Archivo personal

Anexo

OS MUTANTES

Este tributo justiciero vuelve sobre la importancia de la inventiva americana en el siglo veinte. Os mutantes, hoy, gracias a la dedicación de Arthur de Faria, Humphrey Inzillo, Manuel Onis y Sandro Bello, vuelven al centro de la escena de la mano de gran parte de algunos de los más despreciados artistas de esta época de todos lados de América y es en este álbum donde se ve con claridad la marca legible y la poderosa influencia que ha tenido el grupo brasileiro sobre las tendencias modernistas y populares dentro de la partitura musical americana.

Os mutantes resultó ser una de las primeras cocteleras delirantes de este barrio donde aparecen todas las marcas que caracterizaron a la vanguardia artística y unas de la carabelas que vio la tierra del híbrido posmoderno sin que le temblaran las piernas y menos

el pulso de las ideas que contaminaron con su gracia y precisión a los artistas jóvenes del porvenir, algunos de ellos ya entrados en años, como este escriba.

Desde el *bossa nova* a la música contemporánea erudita, del rock al pop, de las drogas a Sgt. Pepper, desde *The Lost Paradise* de Milton al pan y circo, desde La manzana cromática protoplasmática a Liliana Herrero, en fin... Os mutantes es un gran laboratorio que aún no ha terminado su tarea. Sus virus siguen atravesando prejuicios y dando muestras cabales de que cuando una obra está hecha desde el amor, el conocimiento del lenguaje, la ausencia de miedos y la inventiva será una luz capaz de resistir todos los avatares del tiempo (inapagable) y seguir alumbrando el camino con alegría hasta llegar a vivir en el corazón de la gente del futuro.





12 de marzo

Terminamos las voces con Paulinho y los metales de Mariano Otero.

Canté todas mis versiones en portugués durante esas sesiones que duraron cinco días. Y también escribí las traducciones al castellano de las canciones de Paulinho.

Él se acercó a Lennon y a García guiado por mí, y yo me acerqué a mí guiado por él y por mí.

A las doce de la noche brindamos en el Club M y ya estaba con cincuenta y dos años. A las doce y segundos comenzó a sonar el teléfono que no paró hasta bien entrada la madrugada.



13 de marzo

Fiesta en casa con hijos y amigos.

Sofi Gala y María Eugenia.

Mi amiga y mi novia.

Maldivina y Turbialuz.

Las vi.

Juntas.

Pueden ser ellas.

Novela.

Comencé en 1988.

Hoy estoy a punto de llegar con Mati Gueilburt, amigo de alma, y su hermano Nico a la última versión del film.



Archivo personal

15 de marzo

Llego al estudio con una idea para la canción del programa de Tinelli. La grabamos Gastón, Diego, Mariano y yo. Más tarde Carlitos Vandera y Juan Absatz rematan los coros. El “prime time” orwelliano y aquel lujo salvaje no parecían una buena combinación.

16 de marzo

Se graban los metales escritos por Mariano Otero en una sesión corta pero muy caliente. La cuerda del metal no puede ser mejor: Juan Cruz de Urquiza y Sergio Wagner en trompetas, Juan Canosa en trombón, Ramiro Flores en saxo tenor y el gran Víctor Skorupsky en saxo barítono. El arreglo de Mariano transpira sexo y los parlantes del control chorrean oro. Canto la letra escrita la noche anterior y Mariano López ordena todo a la velocidad del rayo como solo los grandes saben hacerlo. La mezcla es extraordinaria. La década, título del tema, debería ser un *bonus track* de RRR.

LA DÉCADA

Abrimos y cerramos los ojos
Ya pasaron diez años
Te di para que tengas
Vos también a mí.
Cuántas cosas cambiaron
El día que te conocí
Me enamoré de vos hasta las manos
No hay nada que me haga más feliz que saber que seguís a mi lado...

¡Ey, mirá!, ya se pasaron diez años
Vos y yo, una década bailando.



Archivo personal

Le arrancaste lágrimas al pueblo
La lengua bífida, el rímel, el pasado, el futuro
Todo quema en el calor del infierno.

No sé qué cara hubiera puesto John Lennon
“para bailar hay que luchar y transpirar hasta quebrarse los huesos” (voz de desquiciada).

¡Ey, mirá!, cómo pasaron los años
Vos y yo, una máquina bailando.
¡Ey, mirá!, ya se pasaron diez años
Vos y yo, una década bailando.

Se prenden las luces del show
El circo empieza a girar
Todo es sangre, sudor y lágrimas

La risa se vuelve dolor
La arena se enciende otra vez
Hacer que se muevan tus pies
Y a bailar, a bailar, a bailar, a bailar con vos...

¡Ey, mirá!, cómo pasaron los años
Vos y yo, ganamos, solo ganamos.
¡Ey, mirá!, cómo pasaron diez años
Vos y yo, una década bailando.

Hasta que se vaya la noche...

Por irnos del estudio grabo una voz sobre una canción que había quedado afuera de RRR.
Sin mí en vos.

18 de marzo

Reunión en estudios El Pie con Matías Schneer y Tirri para mostrarles la canción televisiva, que de televisiva no tenía absolutamente nada. También llevé una premezcla de “Brillante”, un tema de *Locura total* y “Sin mí en vos”. Se entusiasman mucho con las tres canciones y cuchichean entre ellos. Firmo y dedico la letra de “La década” para el artífice del programa más popular de la Argentina. Parten Schneer y Tirri con mi compromiso en la mano. Para esta fecha tendrían una canción para presentarle a su jefe. Yo había preparado tres. Nunca escribo canciones para nadie. Aunque había funcionado muy bien, esta tarea no formaba parte de mi *metier*.

Si una palabra escuché más que ninguna en estos años es “posicionar”. Siempre se utilizaba cuando sacaba un álbum nuevo, que es casi siempre. Creo que este fue el límite de hasta dónde he podido llegar intentando escuchar a mis interlocutores de turno sobre qué es lo más conveniente para mi “carrera”. Una canción en *prime time* iba a posicionarme en la época nuevamente. ¡Qué idea más absurda! Como si alguna vez un segundo de mi vida en este negocio hubiera dependido de

voluntades ajenas. Los escuché hablar en el living de Bioy Casares y les dije “Ok, ok... La van a tener”. Habían prometido el oro y el moro. Yo iba a cumplir mi parte. Siempre lo hago.

Mi padre me enseñó: “nobleza obliga”. Aquello que uno había aprendido tan bien, no funcionaba con todo el mundo. La canción llegó al emperador televisivo que nunca respondió con la delicadeza correspondiente a la letra dedicada. No importa que la canción no haya sido la elegida para abrir o cerrar el programa. Era lo de menos. Un llamado de agradecimiento por la labor realizada con amor alcanza para hacerse pasar por un caballero hasta para una pandilla de pícaros hacedores de dinero. Pero lo que natura non da Salamanca non presta.

07 de abril

Comienzan en Miami los finales de la mezcla de *Locura total* en el estudio de Gustavo Celis, un auténtico caballero de las artes. Una mesa Pro Tools de última generación, un par de Genelecs y por supuesto los Pultecs y todos los accesorios análogos que a todos los fans del audio nos gustan. Celis, una mente brillante. Mezcla de familias alemanas y venezolanas. No podría ser mejor. Un hombre en extremo tecnicista pero latino y caliente hasta la médula.

Empiezo a disfrutar como un niño. Eugenia llega unos días más tarde y empiezo a descubrir en ella no solo a una mujer en plena apertura solar sino a la mejor compañera.

Una noche me reúno con Matías Schneer.

Me dice que consiguió una gira con el piano solo por nueve ciudades de EE.UU. Que podían generarse algunos inconvenientes logísticos pero que la oportunidad era buena. Yo soy un entusiasta natural y escucho con atención.

En el medio del *tour* había que hacer Orlando, NYC, Miami.

Era una locura.

Eso era todo lo que no se debe hacer en un *tour*. Tres *back to back* de la manera geográfica más ilógica.

En este caso era ir y venir al mismo lugar con un concierto en el medio a miles de kilómetros.

“Poneme un avión privado”, le dije y lo dejé solo rumiando en la mesa del bar del hotel Ritz Carlton, sabiendo que aquello era prácticamente imposible por un tema de costos y de resistencia física. Algo del orden del sentido común lo iba a llevar por el único camino posible: suspender alguno de los tres conciertos.



Archivo personal